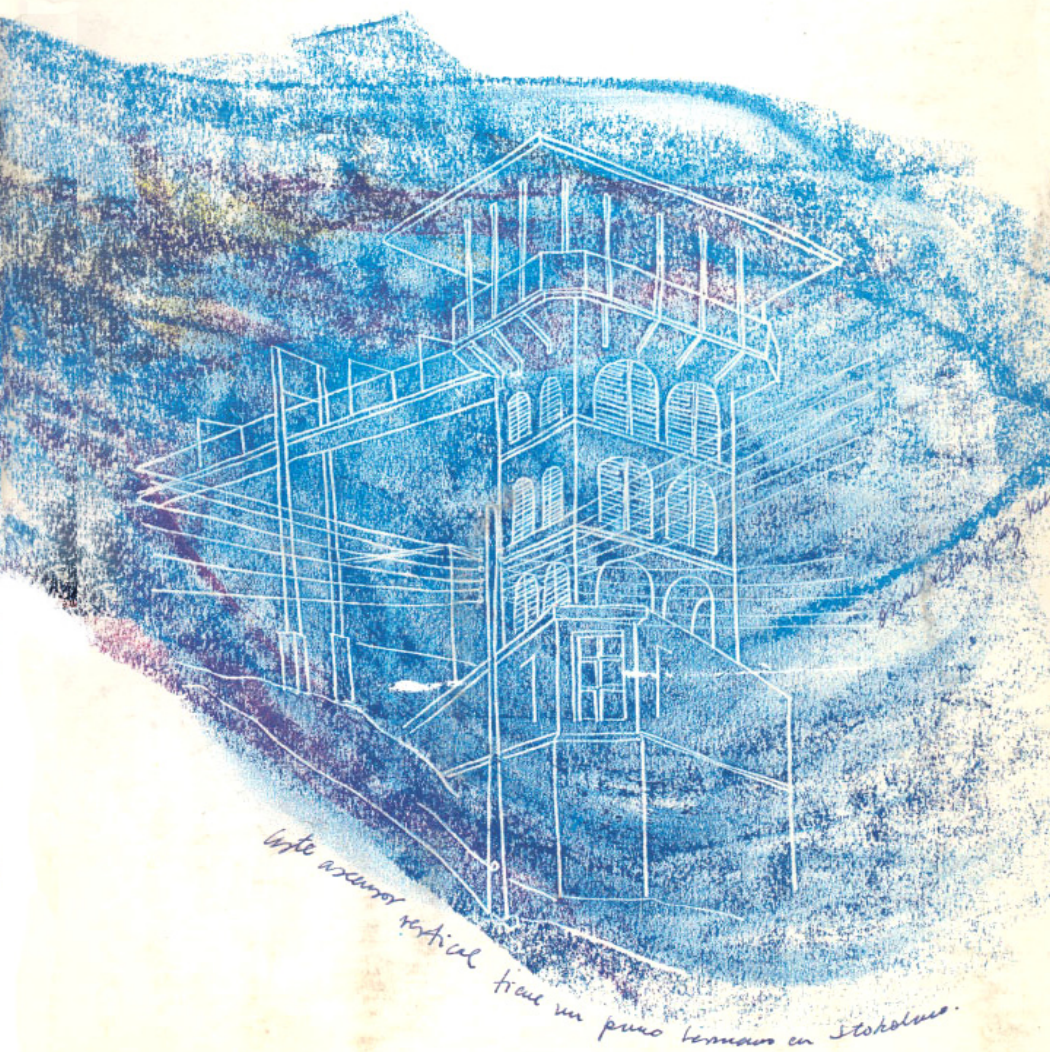


araucaria

de Chile



Les escaliers verticaux traversent un puits formant en Stockholm.

VALPARAISO



LOS 7 ESPERJOS



DE LA CONJUGACION A LA CAPITULACION

SE

En la que a través de la conjunción y el terreno político, se fueron
 formando una nueva clase de la vida nacional... 1. No será con palabras
 sino con hechos y con actitudes voluntarias como se operará el futuro demo-
 crático... Es la hora crítica para que los que vean la situación y el
 lenguaje agresivo —de uno y otro lado— tomen el rumbo que el país espera.

Revista, Chile, editores de Hoy, en el editorial de la revista, N°
 193, 19 y 20.

El bandolero chileno del siglo XIX

Su imagen en la sabiduría popular

MAXIMILIANO A. SALINAS

El bandido Guarapoco
se fue a saltear a Berlín
pasó por Curacautín
con una flor en el choco.

.....
Era Falcato un bandido
ya célebre en la nación
porque no había tenido
rival en su profesión.

.....
Joaquín Murieta
recorría las montañas
con sus hombres cocorocos,
cien versos serían pocos
para contar sus hazañas.

(Oreste Plath, *Geografía del canto
y la leyenda chilenos*, 1873.)

I

El marco del siglo XVIII

Como una consecuencia de la estratificación social característica del siglo XVIII chileno, en el campo, los peones y gañanes, trabajadores ocasionales con baja remuneración, pasan a integrar la mesa de los vagabundos.

Maximiliano Salinas es Teólogo e Historiador. Vive en Chile.

Los vagabundos, el sector más oprimido y explotado del sector rural, enfrentan dos alternativas para conseguir su subsistencia: la mendicidad, como asimilación pacífica de su condición de tal, o el bandolerismo, como expresión agresiva de descontento y rebeldía¹. La mendicidad es la sumisión; el bandolerismo, la protesta, el camino de la insubordinación al *status quo*, el traspaso de los límites del orden social, el enfrentamiento, en fin, con los garantes de dicho orden: los detentores del poder y la riqueza.

Si bien se pueden encontrar expresiones de cuatrерismo en la primera mitad del siglo XVIII, como se observa en las medidas represivas contra los ladrones de ganado dictadas por el Gobernador José Antonio Manso de Velasco en 1739, es en la segunda mitad del último siglo colonial, donde se revela la magnitud del bandolerismo rural chileno. Observa el historiador Mario Góngora: «Particularmente, desde la década de 1750-60, los contemporáneos tienen la sensación de una epidemia de bandolerismo rural»². Y añade que la abundancia de causas judiciales alcanza su máxima hacia 1750-90³. Un Bando de Buen Gobierno emitido en 1773, y citado por Góngora, afirma que «crece cada día el clamor por la repetición de robos en ciudades y campos de este Reyno para que se pueda sujetar la plebe, gente vagabunda y ociosa, acostumbrada a robar»⁴. El historiador colonial Miguel de Olivares sostenía que, a mediados del siglo XVIII, existían alrededor de doce mil bandoleros en el territorio chileno, los que eran el terror y el desconsuelo de los ricos hacendados, especialmente si estos últimos hubiesen intentado denunciar a los cuatreros. Dice textualmente el jesuita:

«Los hacendados del campo, en especial en parajes más infestados de estas aves de rapiña, como Colchagua, Maule y Chillán, lloran inconsolables la calamidad de lo que ellos cuidan y agencian, y aun lo que se mezquinan y defraudan a sí mismos y a sus hijos mucho tiempo, se lo toma en un momento el ladrón con sus manos lavadas, que llegan a la intolerable insolencia de agavillarse, para hacer más perjuicio a aquel hacendado y honrado labrador, que alguna vez puso algún ladrón ante justicia y que hizo padecerle pena de la ley; y es tan continuo el daño que reciben, que los más de estos hacendados aseguran, y con verdad, que si tuvieran existente cuanto les han robado en el discurso de algunos años, fueran absolutamente ricos, ...»⁵.

Comentando esta situación, y haciendo ver sus implicancias, Benjamín Vicuña Mackenna afirmaba: «Llegóse entonces hasta prohibirse el paso del Maule a los viajeros, como se prohíbe la infección del cólera, por medio de cordones sanitarios, y esa fue la época clásica de los cerrillos de

¹ Góngora, Mario, *Vagabundaje y sociedad fronteriza en Chile (siglos XVII a XIX)*, Cuadernos del CESO, 2, 1966, pp. 2, 7.

² *Ibid.*, p. 25.

³ *Ibid.*, p. 10.

⁴ *Ibid.*

⁵ Cit. en Vicuña Mackenna, Benjamín, *El bandolerismo antiguo y el bandolerismo moderno en Chile, El Ferrocarril*, 21 de septiembre de 1878.

Teno y de los «maulinos pelacaras». Ya no sólo no se permitía salir del país, sino que se prohibía por necesidades de seguridad, el tránsito de los caminos públicos y de los ríos. No se viajaba sino en caravanas como en la Arabia, y esto practicábase en el camino de Talca a Santiago, hasta hace apenas medio siglo»⁶. Al finalizar el siglo XVIII, la historia nos consigna la existencia de un bandido chileno famoso, Pascual Liberona, apodado «El Brujo», quien actuó entre 1780 y 1790. En 1793 asaltó a grandes comerciantes santiaguinos, y llegó a desafiar al oidor de la Real Audiencia Juan Rodríguez Ballesteros, colocando un cartel en la cárcel con estas palabras: «*Ballesteros a ahorcar / y nosotros a saltar*». Fiel al designio encerrado en estas palabras, el «Brujo» Liberona terminó sus días en la horca, asumiendo hasta el final su destino de ilegalidad⁷. Se puede notar, de paso, que en los versos del bandido colonial ya existen una convicción del enfrentamiento de los elementos opuestos, protesta y represión.

El bandolerismo rural en el siglo XIX

Durante el siglo XIX, y especialmente favorecido por la crisis de la Independencia, el bandolerismo continuó siendo una expresión social y colectiva en el ámbito rural chileno. En los primeros años del siglo, una relación dirigida desde Curicó a la Real Audiencia en 1802, habla de que «los ladrones ya forman cuadrillas y acometen a los jueces»⁸.

En los años de la Independencia, junto a la crisis agrícola, y al desorden generalizado de un país en guerra, los bandidos se transforman en una fuerza social importante, a la que realistas o patriotas recurren para sus propósitos políticos. Dese 1819 a 1823, el general, Ramón Freire debió fusilar y ahorcar a más de mil ladrones y salteadores, realistas y patriotas⁹. A partir de 1812, era imposible el tránsito de un viajero aislado entre concepción y Santiago¹⁰. Sin embargo, el problema del bandolerismo seguirá subsistiendo a lo largo del siglo, como uno de los aspectos más relevantes de la vida social rural. En 1878, Vicuña Mackenna habla del bandolerismo como «un mal tan vasto, tan profundo, esta plaga nacional, peor que la lepra y el cólera, porque a la vez nos empobrece, nos mata y nos deshonra». Y agrega, «El bandolerismo es en Chile una planta de vegetación espontánea y universal como el palqui o las ortigas. Es un mal constitucional, por más doloroso que sea el afirmarlo, ...»¹¹. En las últimas décadas del siglo pasado, adquirió un especial relieve el bandolerismo que se desarrolló en la zona de la Frontera, alentado por el proceso de coloni-

⁶ *Ibid.*

⁷ Cf. Dantel A., Elvira, *El bandido en la literatura chilena*, Boletín de la Academia Chilena de la Historia, 2, 1935, p. 254.

⁸ Vicuña Mackenna, B., *art. cit.*

⁹ *Ibid.*, en *El Ferrocarril*, 10 de octubre de 1878.

¹⁰ Encina, Francisco A., *Historia de Chile*, Santiago, 1948, tomo XI, p. 558.

¹¹ Vicuña Mackenna, B., *art. cit.*

zación y sus problemas característicos. Llegan a la Frontera cuatreros salteadores provenientes de toda la República, los que se alían a los indios despojados de sus tierras, para robar ganado. Hacia 1886, cientos de animales robados eran vendidos en las ferias de Angol, Traiguén, Victoria o Temuco¹².

El sentido de protesta social inherente al cuatrерismo parece no haber pasado inadvertido a las clases dirigentes del siglo XIX. El escritor, académico, parlamentario y ministro de Estado, Salvador Sanfuentes (1817-1860) escribió al respecto una leyenda en verso titulada *El bandido* donde se narra, en un escenario del sur de Chile, la rebeldía y la venganza de un esclavo contra sus opresores blancos¹³. La represión de las autoridades contra el bandolerismo continuó ejerciéndose en el siglo XIX como en tiempos de la Colonia. El castigo de la horca, empleado por el oidor Ballesteros de la Real Audiencia, a fines de la Colonia, era igualmente utilizado por el ministro Diego Portales durante la temprana República. La actitud de Portales frente los bandidos puede gratificarse en las siguientes palabras pronunciadas al ser informado de la muerte de los últimos Pincheiras en 1832: «Esa noticia ha endulzado mi alma y parece que me hubieran regalado cien talegos. Felicite usted en mi nombre al presidente, y dígame que cuando escriba a Bulnes le diga de mi parte muchas cosas, especialmente por la viveza con que ha hecho jugar el fusil»¹⁴. Portales organizó batidas con el concurso de los grandes propietarios agrícolas, dándole un evidente carácter de clase a la represión¹⁵. El destino que esperaba al bandido, transgresor rebelde del orden social establecido, era la muerte violenta, a manos de las autoridades del sistema.

Figuras destacadas del bandolerismo del siglo XIX

Veamos algunos hitos de este fenómeno «tradicional, histórico y constitucional» como llamaba Vicuña Mackenna al bandolerismo chileno, durante el curso del siglo XIX, destacando algunas figuras que alcanzaron especial prestigio popular y, en especial, la admiración y la veneración de los pobres del campo.

De la época de la Independencia destacamos al bandido José Miguel Neira y su banda de «Los Neirinos», y la montonera de los Pincheira. El «maucho» Neira, nacido hacia 1775 y fusilado en 1817, es conocido por su vinculación con los patriotas, a través del guerrillero Manuel Rodríguez. Abandonando a temprana edad su trabajo de ovejero en la hacienda

¹² Encina, Francisco A., *Historia de Chile*, Santiago, 1951, tomo XVIII, p. 271; Quezada, Jaime, *La Frontera*, Santiago, 1973.

¹³ Cf. Montt, Luis y Núñez, Abelardo, *Leyendas nacionales*, Santiago, 1885, cit. por Acevedo A., Elisa, *El bandido chileno*, Memoria UTE, Santiago, 1967, Inéd., (profesor asesor Oreste Plath), pp. 44-45;

¹⁴ Cf. Vicuña Mackenna, B., *art. cit.*

¹⁵ Encina, Francisco A., *Historia de Chile*, Santiago, 1948, tomo X, p. 564.

de Cumpeo, al noreste de Talca, va a terminar uniéndose a la banda de Paulino Salas, alias «El Cenizo», que operaba en los cerrillos de Teno, para «desquitarse de una vida de sufrimientos y privaciones, de miseria y de humillaciones, ...»¹⁶. El prestigio popular de Neira y «El Cenizo» alcanza un punto importante cuando ambos logran escapar en Santiago de una escaramuza con el regimiento de los Dragones de la Reina. Separado después de Paulino Salas Neira formará la banda de «Los Neirinos», la que cuenta con amplia protección por parte del pueblo¹⁷. A partir de 1813, Neira presta sus servicios a la causa patriota. Se hace famoso su asalto al rico avariento apodado «El Zorro de Peor es Nada», un hacendado de dicho lugar, a orillas del estero Chimbarongo, de apellido Guzmán, defensor de la causa del Rey, y cruel y despiadado con los inquilinos. En 1816 asalta y se apropia de las casas patronales de la hacienda de Cumpeo, donde vivió cuando niño, matando al mayordomo, en un gesto de clara venganza por su pasado de opresión. En 1817, después de la victoria de Chacabuco, Neira quiere seguir asaltando, pues, según él, «debe permitirse que se siga atacando a los realistas emboscados y a los ricos avarientos y cobardes que no ayudaron a la revolución»¹⁸. Las autoridades patriotas rechazan esta actitud, y Ramón Freire lo manda fusilar¹⁹. La extraordinaria montonera de los Pincheira, pequeños propietarios de San Carlos, en la zona de Ñuble, actuó en el período comprendido entre 1817 y 1832. Esta montonera, que llegó a contar con bandas de mil y dos mil hombres estaba formada típicamente por vagabundos. Sus principales asaltos en la década de 1820, fueron a Chillán en 1820, Linares en 1823, San Fernando, Curicó y San Carlos en 1824, Parral en 1825, Talca y Mendoza en 1828, y las haciendas del Cajón del Maipo en 1829. Nos interesa, sobre todo, destacar aquí el apoyo de los campesinos a la montonera. Esta guerrilla de vagabundos tenía muchos adictos entre los campesinos de la precordillera. Ramón Freire habla en 1820 de la simpatía de los campesinos de Cato por los Pincheira. En 1823 se estimaba que los campesinos de Vega de Saldías y de la orilla izquierda de Coigüeco, se pensaban sumar a la montonera²⁰. Tanto «Los Neirinos» como los Pincheira contaban con sus propios poetas y cantores que exaltaban sus hazañas, como verdaderos juglares²¹. Ello hace suponer la existencia de toda una expresión artística ligada al bandolerismo de la Independencia, que el pueblo contemporáneo debió conocer.

Pasado el período de la Independencia, uno de los más famosos bandi-

¹⁶ León Echaiz, René, *El bandido Neira*, Santiago, 1965, p. 29.

¹⁷ «Por la comarca los Neirinos tienen siempre, entre la gente modesta, amplia protección. Unas veces es el mayordomo desleal, que da informes de la hacienda; otras, el arriero que transmite noticias y recados; o el labriego que ofrece su rancho», *Ibid.*, p. 47.

¹⁸ *Ibid.*, p. 109.

¹⁹ Se ha dicho que Neira es «como un símbolo de la libertad popular, el huaso sublevado, el hombre que dejó la esclavitud de inquilino para vivir la vida libre del merodeador o del montonero», en Dantel, E., *op. cit.*, p. 259.

²⁰ Cf. Góngora, Mario, *op. cit.*, pp. 33-35.

²¹ Cf. Dantel, E., p. 249; León Echaiz, R., p. 75.

dos del siglo pasado fue Francisco Rojas Falcato, conocido comúnmente como Pancho Falcato. Nació en Santiago, entre 1813 y 1819, y su vida se pierde en los años de la Guerra del Pacífico, hacia 1879²². Su fama cundió especialmente por su astucia desplegada para engañar a las autoridades, sus espectaculares fugas, y su pensamiento rebelde. Su primer asalto data de 1837. Libró providencialmente dos condenas a muerte, sentenciadas en 1839 y 1847. En 1877 afirmaba que en seis oportunidades se había fugado de sus aprehensores, una vez de la cárcel, dos veces de los «carros» o presidios ambulantes, y tres veces en el camino, mientras era conducido a prisión. En una oportunidad, se disfrazó de religioso dominico, para burlar a la policía, después de un asalto a un fundo en Las Condes. En otra oportunidad, asaltó un fundo en Renca, engañando al dueño de fundo, ofreciéndole un esquinazo de Nochebuena. Después de reducir al propietario agrícola y a su familia, engañó a la propia policía, haciéndose pasar por el dueño de fundo, llegando incluso a celebrar con los agentes de seguridad una fiesta en las casas patronales²³. Haciéndose pasar por un ganadero argentino, engaña al propio intendente de la provincia de Coquimbo, hasta vivir en la casa de éste, en La Serena²⁴. Hizo, en fin, de sus atracos, una permanente burla de los ricos y los poderosos. Además, hizo gala de un pensamiento rebelde, y de crítica a las autoridades judiciales y policiales de su tiempo. En una oportunidad, le dijo a un juez, el magistrado José M. Cerda: «Puede US estar seguro que me fugaré porque no puedo sufrir una condena injusta»²⁵. En 1840, estando en los «carros» o presidios ambulantes, en la bajada del puerto de Valparaíso, no trepidó en incitar a la sublevación de los presos, debido al rigor y al exceso de trabajo a que se los sometía. Haciendo de paso una crítica a la religión dominante, junto a la crítica de la justicia oficial, expresaba: «los jueces son lo mismo que los religiosos. Le dicen a uno: tenga paciencia, hijo; aunque le estén arrancando los ojos»²⁶.

Falcato era un hombre orgulloso de sus acciones y de su actitud frente a la vida. En la entrevista hecha por el periódico *El Ferrocarril* en 1877, que venimos citando, le decía al reportero: «Mi vida es muy linda. ¡Qué importan esas vidas que cuentan de extranjeros! Ninguna vale lo que la mía. Toda mi vida es una serie no interrumpida de emociones, una agitación continua, un batallar incesante, ...»²⁷. Reconocía no haber jamás perdido la esperanza, a pesar de todos los maltratos y persecuciones de su vida: «Nunca he desesperado, ni aun en la época en que estuve cinco años

²² Pereira Salas, Eugenio, *Pancho Falcato en la historia y en la leyenda*, Ediciones de la Revista Mapocho, II, 2, 1964, pp. 149-158.

²³ Ulloa C., F., *Astucias de Pancho Falcato, el más famoso de los bandidos de América*, Valparaíso, 1908, pp. 5-15.

²⁴ *Ibíd.*, p. 97.

²⁵ Cf. entrevista a Pancho Falcato en la cárcel, en *El Ferrocarril*, 24 de febrero de 1877, p. 3.

²⁶ Cf. entrevista..., en *El Ferrocarril*, 11 de febrero de 1877.

²⁷ *Ibíd.*

con una enorme maza al pie; después de cuarenta años de tragedias, mi brazo, mi espíritu y mi corazón están robustos»²⁸. Admitiéndose enemigo declarado y explícito de la justicia dominante en Chile, enrostraba a los chilenos su temor servil hacia ésta y su rigor²⁹. El sí que no le temía, afrontando con entereza la feroz persecución que desataba en su contra, especialmente, el intendente Máximo Mújica (1812-1872), juez del Crimen, Ministro de la Corte de Apelaciones y Ministro de Justicia de su tiempo, conocido por ser el fiscal acusador en el juicio contra Francisco Bilbao. Por todo lo dicho, Pancho Falcato era como un gran señor del bandolerismo, un bandido cabal y valeroso, cuyo prestigio en el pueblo y entre los pobres, adquirió considerables proporciones. Era tal su popularidad, que los revolucionarios del 20 de abril de 1851, requirieron su presencia para estimular a la masa³⁰.

Un poco más adelante en el transcurso del siglo se alza la destacada figura de otro bandido famoso, Ciriaco Contreras. Nacido en la hacienda de Huaquén, a orillas del río Mataquito, acompañaba a su padre en las labores agrícolas, hacia 1847. En 1851 contrae matrimonio en Talca, estableciéndose con un negocio de carnicería en San Fernando. Por encubridor en un proceso de cuatrismo, es condenado injustamente a la cárcel por cinco años. Allí comenzarán sus desgracias. Ya puesto en libertad es rechazado en todas partes. Estará por temporadas en Rancagua o en Santiago, donde le cupo actuar en los grupos de salvamento durante la catástrofe de la Iglesia de la Compañía en 1863. Con ánimo de establecerse definitivamente, se va a Chillán, donde, por una fatalidad, mata a un huaso en una reyerta ocasionada por una topeadura con jinetes borrachos. Huye a San Javier, donde se instala con un negocio de carretas fletadoras, pero es descubierto. Desde entonces, tomará contactos definitivos con bandidos de Talca, Maule y Linares. Participa en salteos en Curepto, Lircay, Claro y Pelarco. En Curicó, Molina, Cerrillos de Teno y Mataquito asalta a comerciantes y se bate en enfrentamientos con la policía rural.

Ciriaco Contreras se transforma así en un temido bandolero. Se da cuenta que la policía no lo busca para rehabilitarlo, sino para afrentarlo, y él no está dispuesto a que los poderosos se ensañen con él. Por el contrario, él se dedicará especialmente a atacar sólo a los poderosos, a abatir a los soberbios, y a defender a los pobres, a los débiles, a los campesinos, a las mujeres y a los niños³¹. El orgullo de Contreras por la libertad de su vida, y por no tener que deberle nada a los poderosos, se aprecia en un peculiar encuentro que sostuvo con el copropietario de la hacienda Nilahue, y subdelegado del lugar, Nepomuceno Merino. Al no ser apresado

²⁸ Cf. entrevista..., en *El Ferrocarril*, 14 de febrero de 1877.

²⁹ «Yo no tengo en Chile más enemigo que la justicia», en entrevista..., en *El Ferrocarril*, 10 de febrero de 1877; cf. Muñoz, José María, *Don Zacarías Encina. Costumbres criollas*, Santiago, 1935, p. 76.

³⁰ Pereira Salas, E., *art. cit.*

³¹ Maluenda, Rafael, *Historias de bandidos*, Santiago, 1963, pp. 71-133; Plath, Oreste, *Referencias folklóricas de la VII Región*, en *Maule UC*, 7, noviembre 1980, pp. 14-15.

por éste, Ciriaco Contreras quedó con la molesta impresión de que Merino fuera a pensar que le había perdonado la vida, para lo cual envió una carta aclaratoria a la autoridad³². Ciriaco alcanzó «un prestigio brujo entre los campesinos»³³ acrecentado por el hecho de que su acción redundaba en beneficio directo de los pobres. Una vez que fue tomado preso, los campesinos lo libraron, desatando una estampida o tropel de caballos desbocados, que permitió su fuga. Un diario de la época admitió que el hecho fue propiciado «por una poblada inculta, entre la cual había seguramente cómplices del reo...»³⁴. La fama popular de Ciriaco, y la admiración campesina, tomó uno de sus puntos de apoyo en el hecho de que el bandido nunca derramó sangre en sus salteos, en homenaje al alma de su madre³⁵. Incluso, Ciriaco Contreras rompió con uno de los miembros de su partida, llamado Gaspar Matus, por la crueldad de que éste último hacía gala. Es curioso notar que, al igual que Contreras, Pancho Falcato no dejó fama de sanguinario, y nunca sus manos se tiñeron con la sangre del prójimo, salvo con la excepción de una puñalada dada a un traidor. Esto sugeriría que el pueblo admiraba en el bandido más el sentido de su acción, y no la violencia de su proceder en cuanto tal³⁶.

Con el tiempo, Ciriaco sirvió a Balmaceda en la revolución de 1891, y, contratado por la policía, murió atropellado por una locomotora al perseguir a un ladrón en el recinto de la Estación Central en Santiago³⁷.

Un recrudecimiento del bandolerismo en el siglo XIX tuvo lugar a fines de la centuria con ocasión de la pacificación y colonización de la Araucanía. El periódico *La Igualdad* de Temuco decía en 1892 que «no hay día que no se dé cuenta de robos y salteos tanto en los campos como en el centro de la ciudad»³⁸. Con el objeto preciso de combatir el bandolerismo de la zona, se creó un cuerpo especial de policía rural, a cargo del famoso comandante Hernán Trizzano, apodado el «Búfalo Bill chileno»³⁹. Si bien el bandolerismo de la Frontera estaba a veces asociado a los intereses de los ricos, hubo también otra expresión vinculada a la defensa de los pobres, de los trabajadores, de los pequeños colonos. «A muchos la pobreza los llevó al cuatrерismo. Era un buen negocio. Desesperados de tanto infortunio, se internaban en los campos, cruzaban las montañas»⁴⁰.

Entre los bandidos que defendían a los colonos pobres se destaca la figura del apodado «El Toro Frutilla», asesinado en Loncoche; y entre los que defendían a los trabajadores de los agravios de sus patrones, se yergue la figura del llamado «El Garras Mijas».

³² Maluenda, R., *op. cit.*, p. 133.

³³ *Ibid.*, p. 132.

³⁴ *Ibid.*, p. 115.

³⁵ Plath, O., *art. cit.*; Montaldo, Caupolicán, *Del Diablo y otros personajes*, Concepción, 1960, p. 108.

³⁶ Cf. Ulloa, F., *op. cit.*, p. 49.

³⁷ Dantel, E., *art. cit.*, p. 278.

³⁸ Pino Zapata, Eduardo, *Historia de Temuco*, Temuco, 1969, p. 28.

³⁹ Cf. Lara C., Jorge, *Trizano: el Buffalo Bill chileno*, Santiago, 1936.

⁴⁰ Quezada, Jaime, *La Frontera*, Santiago, 1973, p. 58.

El bandido y la justicia popular: la reivindicación de la ofensa

Durante el siglo XIX, y proveniente de la época colonial, los campesinos chilenos cantaban un conocido romance, de origen hispánico, referido a un bandido llamado Luis Ortiz. En este antiguo romance, cantado ya en Colchagua, Talca o Ñuble, se encuentra una de las claves interpretativas de la acción del bandido, como una acción de venganza. La venganza, como un acto de justicia que reivindica la ofensa ejecutada en perjuicio del prójimo, era el sentido común del bandolerismo, y este romance popular lo celebra como un acto de verdadera justicia.

Luis Ortiz era un joven que, por indicación de su padre, iba a hacerse soldado. En el camino se encuentra con su tío, el que está siendo agredido, y ello lo mueve a salir en su defensa, dando de puñaladas al agresor. Ello desencadena la acción de la justicia en su contra:

Al dar la vuelta a la esquina
halló a su tío peleando,
y por defender por él
de puñaladas ha dado.

Ahí se publicó un bando,
en todo aquel obispado:
El que tome a Luis Ortiz
tomará dos mil ducados⁴¹.

Tomado preso, es conducido a la horca, mas, en el camino se encuentra con unos amigos que lo liberan, y lo festejan por haber sido un buen vengador de agravios:

.....

ya lo llevan rebatiado,
lo llevan pa' la ciudad,
donde ha de ser colgado.

Por la mitá del camino
cinco amigos ha tomado.

—¿Qué ha sido esto, Luis Ortiz,
qué ha sido esto, Luis hermano? .

—¿Qué ha de ser pues, hermanitos?

.....

si ustedes no me defienden,
mañana he de ser colgado.

Se miraron unos y otros,
cuatro la guerra formaron
y uno desató la soga:
Luis Ortiz se ha libertado,

.....

espada y daga ha tomado,
de treinticinco corchetes
ninguno se le ha escapado.
¡Viva, viva Luis Ortiz!
Viva, viva Luis hermano!
Sabe 'esvengar una causa
y también un buen agravio⁴².

⁴¹ Vicuña Cifuentes, Julio, *Romances populares y vulgares*, Santiago, 1912, pp. 329-330. Recitador de Talca, nacido en 1842.

⁴² *Ibid.*, p. 333. Recitador de Coihueco, nacido en 1862. J. Vicuña Cifuentes recogió cinco versiones de este romance, dos de Ñuble, una de Talca, otra de Colchagua y otra de Chiloé, cf. *ibid.*, pp. 329-340. Dos versiones más de Ñuble, provenientes de Nipas y de San Fabián de Alicó, en Montaldo, C., *op. cit.*, pp. 116-118.

Si en el trasfondo hispánico de la cultura popular ya existía la comprensión del bandido como vengador de las ofensas y los agravios, en la tradición propiamente chilena aparece esta misma concepción justiciera. En el caso del antiguo romance llamado «El huaso Perquenco» aparece el bandido como el hombre valiente que castiga la avaricia, la traición y el engaño. El romance revela también la identificación del pueblo con el bandido, y la acogida que le brinda en medio de las persecuciones. El texto completo del romance es el siguiente:

Ayá va el guaso Perquenco
 en su cavayo alásan:
 ocho sorda'o' lo siguen
 y no lo pue'en arcansar.
 Trre' muerte' 'icen que deve
 ar gorpe de su puñal:
 no era un viejo avariento
 con cara 'e necesi'á',
 'l otro un 'ermano trraidor
 que lo vino a denunciar,
 y tam'ién una mujier
 que lo quería engañar.

¡Corran, corran lo' sorda'o',
 corran, corran sin parar!
 Yo sé qui ar guaso Perquenco
 ninguno lo va á arcansar.
 A media noche llegó
 cerca de la Rinconá',
 á la casa di un compaire
 (ayá) jué á desensillar:
 —¡Qué se levanten las niña',
 que se levante mi a'ijá',
 aquí está er guaso Perquenco
 para oir una toná'!⁴³

Dentro del sentido de la reivindicación justa se encuentra la convicción popular y campesina de que robarle a los ricos no es una injusticia, sino un acto de perfecta justicia, que no merece, por tanto, reparo. Esta convicción aparece fuertemente arraigada en las masas campesinas chilenas del siglo XIX, tal como lo hemos podido recoger por un testimonio de 1842, apareciendo en el órgano de la Sociedad Chilena de Agricultura⁴⁴. La acción del bandido se ubica en este sentido, robándole al rico y entregándole al pobre lo que aquél le debía a este en justicia. El inmenso prestigio del bandido del siglo pasado, Ciriaco Contreras, aun recordado por los campesinos a mediados del presente siglo, radicaba precisamente en este sentido justiciero de su acción, en relación a ricos y pobres⁴⁵.

Un testimonio poético de esta comprensión del bandido como artífice de una justicia popular que castiga a los ricos y defiende a los pobres, que roba a los patrones y ayuda a los inquilinos, se encuentra en las décimas anónimas que llevan por título «Las hazañas del gran bandido de la Frontera conocido con el apodo de «El Garras Mijas», y que se divulgaban en los primeros años del presente siglo. Damos a continuación el texto completo de los versos:

⁴³ Vicuña, C., J., *ibíd.*, pp. 141-142. Recitador de Traiguén, nacido en 1874.

⁴⁴ Cf. Mena, Marcos, *Sobre la moralización de los campesinos*, en *El Agricultor*, 21 febrero 1842, p. 162.

⁴⁵ El recuerdo de los campesinos de Ñuble a mediados del siglo XX acerca de Ciriaco Contreras, cf. Montaldo, C., *op. cit.*, p. 108.

Una historia pavorosa
 escrita con el puñal
 con un valor sin igual
 terrible y mui dolorosa;
 con actitud mui hermosa
 en la frontera un bandido,
 el terror del rico ha sido
 por su arrojo i su valor,
 y su temple superior
 que el pueblo ha reconocido.
 Lo llaman el «Garras Mijas»
 temblando cuando lo nombran
 porque sus hazañas asombran
 i tiemblan hasta las brujas;
 el hombre no usa tapujas
 i es caballero bandido,
 defendiendo al desvalido
 con revólver i puñal,
 sin dejarse intimidar
 él socorre al aflijido.

Un día un pobre inquilino
 lloraba desesperado,
 porque lo había insultado
 el patrón de modo indino;
 le dijo que era un cochino
 que no le había pagado,

y lo había amenazado
 de lanzarlo mui lijero,
 cuando llega un caballero
 que venía mui cansado.

Le preguntó el caballero
 por qué estaba llorando,
 y el pobre le fue contando
 entre sollozos lijero;
 el rostro del pasajero
 se alteró de modo tal,
 que acarició su puñal
 de modo disimulado,
 y billetes un puñado
 al pobre le fue a obsequiar.

Garras Mijas se marchó
 caminando en lo extraviado,
 y en un paraje adecuado
 en el suelo se sentó,
 el hacendado llegó
 después de habersé pagado,
 y Garras Mijas a su lado
 de un salto se colocó,
 y el dinero le quitó
 al rico tan despiadado⁴⁶.

Un aspecto peculiar de la justicia popular, emparentado con cierta conciencia mesiánica, radica en el tópico característico de la humillación de los poderosos. El bandido, con su ingenio y su astucia, es capaz de doblegar la soberbia de los grandes de la tierra, y ello encuentra una íntima satisfacción y gozo en los pobres. Probablemente, la fama y el prestigio que Pancho Falcato poseía entre el pueblo y los campesinos, tuvo su fundamento en esta faceta, en el dejar en ridículo a las autoridades. Elvira Dantel, en su estudio sobre el bandido chileno, afirma que Pancho Falcato «tenía en sus tretas un buen humor y una habilidad tan ágiles que el pueblo reía en el otro aspecto de su sed de redención. Era Pedro Urdemales, o el soldadillo que se reía de las autoridades y se escapaba siempre de manos de la justicia, ...»⁴⁷.

En la comprensión admirada del pueblo en el siglo XIX, en torno a la figura heroica de Manuel Rodríguez, el guerrillero que contó con el apoyo y la solidaridad de los bandoleros y los campesinos de su tiempo, como José Miguel Neira, se destaca este aspecto de la humillación de los prepotentes. En unas décimas de la poetisa popular del siglo pasado, Pepa Ara-

⁴⁶ Cf. *La Voz del Pueblo*. Imprenta Carmen 477, precio 20 centavos, en Colección LENZ de la Lira Popular. Versos publicados alrededor de 1918.

⁴⁷ Dantel, E. *art. cit.*, p. 270.

vena, titulada «Glorificación de Manuel Rodríguez», hay una exaltación del héroe, a partir del tema que señalamos. Citamos la cuarteta y dos de las décimas:

Gloria al hábil guerrillero,
gran patriota, hombre virtuoso,
gloria al soldado animoso
que humilló al godo altanero.

Cuando la gente arrancaba
camino de la otra banda,
Rodríguez sus huasos manda,
y a todo el mundo animaba;
por toda parte atacaba
al español sin reposo
con su brazo poderoso,
puso en práctica su credo

de este soldado sin miedo,
gran patriota, hombre virtuoso.

Los Húsares de la Muerte
fueron creados por él
y en Maipo peleó sin hiel
pero con gloriosa suerte;
después aquel brazo fuerte
por carrerista sincero
fue de un modo traicionero
muerto por un argentino,
y así murió el jefe fino
que humilló al godo altanero⁴⁸.

Notemos, de paso, que el motivo mesiánico de la humillación de los poderosos está reforzado con la imagen bíblica del «brazo fuerte y poderoso», atribuida a Dios y que, específicamente en el texto del Magnificat se menciona como un brazo que dispersa a los soberbios (cf. San Lucas 1, 51).

El bandido y la religión popular: el espíritu de los oprimidos

La comprensión del bandolerismo cubre toda una área de la religiosidad popular y campesina, en tanto expresión de una religiosidad de los oprimidos, de los perseguidos y amenazados, de los proscritos por la sociedad. Ciriaco Contreras y Pancho Falcato, los bandidos más populares del siglo XIX, eran profundamente religiosos. Ciriaco no se desamparaba nunca de su detente religioso, acostumbraba persignarse y santiguarse, y, en su guarida, veneraba una imagen y un escapulario de la Virgen del Perpetuo Socorro⁴⁹. Pancho Falcato era devoto de la Virgen del Carmen, y con su escapulario y la señal de la cruz, espantaba al Diablo, que podría aparecerse en la figura de un perro negro. Tenía conciencia, además, que Dios lo protegía visiblemente, y que lo salvaba en sus fugas espectaculares, en la convicción expresada de que «Dios (que) me quiere para bien»⁵⁰. Ciertos símbolos religiosos en el bandido permitían que éste pudiese esquivar las adversidades de su peligroso destino. Antonio Acevedo Hernández en su drama *El Inquilino* presenta la figura de «El Ralo», el bandido de Linares y Maule en el siglo XIX, que, según la leyenda popular, no podía morir porque una bruja le había incrustado un crucifijo, entre cuero y carne

⁴⁸ Muñoz, Diego, *Poesía popular chilena*, Santiago, 1972, p. 23 y ss.

⁴⁹ Maluenda, R., *op. cit.*, pp. 76-77, 95, 130.

⁵⁰ Entrevista..., en *El Ferrocarril*, 10 y 11 de febrero de 1877.

sobre el pecho. Mariano Latorre nos refiere la religiosidad de otro bandido, llamado «El Picoteado»⁵¹. El Huaso Raimundo andaba con seis medallas (Virgen de Lourdes, Virgen del Rosario, Inmaculada Concepción, Santo Domingo, San Benito y San Ignacio de Loyola). «El Ñato Eloy» (1896-1941) andaba con escapulario de la Virgen del Carmen y un devocionario. Con seguridad los bandidos sabían de oraciones y conjuros especiales para rezar en los momentos de desamparo, implorando la protección de Cristo y de los Santos. Cuando fue capturado «El Ñato Eloy», se le oyó pronunciar extraños y peculiares conjuros.

A continuación vamos a reproducir dos oraciones de los antiguos bandidos del Perú que, en muchos aspectos, eran iguales a sus compañeros de Chile⁵². Estas dos oraciones tienen fragmentos idénticos a un antiguo conjuro chilero contra el Diablo, conocido en la zona de Cauquenes⁵³.

La primera es una oración a San Lino, y que, al mismo tiempo, pide la protección de Dios, Cristo, y la Virgen:

Padre mío, Santo Lino: líbrame de todo mal; de mis enemigos por ser muchos. La mano de Dios me lleve; la de la Virgen me guíe de noche y de día; la de mi padre San Blas por delante y por detrás. ¡Válgame el poder divino! Y como todo es verdad, me valga la Santísima Trinidad. No permitas, Señor, que mis enemigos me persigan. Extraviálos por caminos desconocidos. Cúbreme bajo tu sudario. Ampárame bajo tu corona de espinas y dame poder para vencer a mis enemigos. Amén⁵⁴.

La segunda es una oración que se lleva junto al escapulario del Carmen, y que invoca al Justo Juez, en una inequívoca referencia a una justicia divina, mucho más alta, poderosa, y verdadera que la de la tierra:

Hay leones que vienen contra mí, deténgase en sí propios, como se detuvo mi Señor Justo Juez. Ea, Señor. A mis enemigos veo venir y tres veces repito: ojos tengan, no me vean; boca tenga, no me hablen, manos tengan, no me toquen; pies tengan, no me alcancen; la sangre les beba y el corazón les parta. Por aquella camisa en que tu Santísimo Hijo fue envuelto, me ha de ver libre de malas lenguas, de prisiones, de hechicerías y maleficios, para lo cual me encomiendo a todo lo angélico y sacrosanto, y me han de amparar los Santos Evangelios y llegaréis derribados a mí, como el Señor derribó el día de Pascua a sus enemigos. Por la Virgen María y la Hostia consagrada, me he de ver libre de prisiones y no seré herido, ni atropellado, ni mi sangre derramada ni moriré de muerte repentina. Dios conmigo y yo con El; Dios adelante y yo atrás. Jesús, María y José⁵⁵.

⁵¹ Cf. Dantel, E., *art. cit.*, p. 296; Lihn, Enrique (ant.), *Diez cuentos de bandidos*, Santiago, 1972.

⁵² Varallanos, José, *Bandoleros en el Perú*, Lima, 1937. El Ciriaco Contreras peruano se llamó Luis Pardo, quien sólo asaltaba para robar a los ricos y socorrer a los pobres, *ibíd.*, p. 80.

⁵³ Laval, Ramón, *Oraciones, ensalmos y conjuros del pueblo chileno*, Santiago, 1910, pp. 93-94.

⁵⁴ Varallanos, J., *op. cit.*, p. 91.

⁵⁵ *Ibíd.*, p. 92.

Es interesante destacar la similitud de estas oraciones y conjuros populares con la experiencia espiritual de los salmos bíblicos, del justo perseguido y acosado por sus enemigos. Llama la atención también la centralidad del tema de la Pasión de Cristo, y la solicitud de amparo en el Señor doliente, en su corona de espinas y su sudario.

El tema del desamparo y la soledad de Cristo en su Pasión, y la indiferencia del pueblo frente al que es condenado injustamente, debe haber llamado la atención del bandido, quien experimentaba en carne propia tales sentimientos, en sus enfrentamientos con la justicia. Pancho Falcato, que, además de bandido, era un poeta a lo Humano y lo Divino, nos ha dejado una décimas por el Padecimiento de Cristo, cuya cuarteta dice así:

No hay quien al caído levante
ni quien la mano le dé
cuando lo ven que ha caído
todos le dan con el pie⁵⁶.

En estos versos resuena la vivencia del bandido, que se acrimina y se fataliza. En fin, hay una cierta identificación entre el crucificado y el bandido:

Cuando al suplicio llegó	¡por vosotros moriré!
el inocente cordero	Este prodigio se ve
dió una mirada hacia el cielo	en un Dios tan amoroso,
y su alma le encomendó,	y en aquel trance penoso
diciendo con tierna voz:	todos le dan con el pie ⁵⁷ .

Esta identificación relativa entre el Cristo doliente y el bandido que va a la muerte se puede apreciar en el romance compuesto a propósito del juicio y ejecución del reo Miguel Jerónimo Triviños, de Peñaflor en 1877. Al describirlo en sus padecimientos se habla de él como «el humilde», «aquella paloma mansa», «cordero maniatado», etc., expresiones que, en la lírica a lo Divino, se refieren al Mesías⁵⁸. En la ocasión, se formó toda una corriente de opinión para salvarle la vida al reo Triviños, mas, el Presidente Aníbal Pinto no quiso indultarlo, y ordenó la pena de muerte^{58 (bis)}.

Una vez muerto el bandido comienza todo otro capítulo de la religiosidad popular, cual es su veneración religiosa a través del culto de su «animita». Elvira Dantel en su estudio sobre el bandido chileno ya citado, expresa:

⁵⁶ Entrevista..., *El Ferrocarril*, 14 de febrero de 1877.

⁵⁷ *Ibíd.*

⁵⁸ Vicuña C., J., *op. cit.*, pp. 451-459.

^{58 (bis)} Acerca de la resonancia entre el bandido ajusticiado y la Pasión de Cristo, ver también los versos sobre el Huaso Raimundo, cartas entre el Huaso y su padre y Versos por sus Correrías, en Juan Uribe E., *Cancionero de Alhué*, 1964.

«Es naturalmente el pueblo, quien pondrá más que nadie todas sus aspiraciones ocultas, sus vagos deseos de redención en este hombre fuera de la ley, perseguido por los policías, que representan a los poderosos de la tierra y, en el fondo, protegido por alguna milagrosa manda a un santo o a la Virgen. Así el hecho delictuoso se tornará, por un fenómeno extraordinario de sugestión, colectiva, en un hecho santo, en un caso de martirologio. El bandido será de este modo, un intermediario entre el pueblo y el más allá, impreciso y supersticioso. Sobre todo, si cae en el campo acribillado de balas. En el lugar donde agonizó el bandido se pondrá una cruz, en torno a la cruz se prenderán velas todas las noches que un montón de ladrillos o algunas hojalatas ahumadas defenderán del viento. Empezará la leyenda en torno al pobrecito, muerto por los pacos. Le robaron su mujer y por eso se hizo bandido. El atacaba siempre a los ricos, nunca a los pobres, a quienes más bien llenaba de regalos y de buenas palabras⁵⁹».

Hacia 1831, cuando fueron ajusticiados dos salteadores de los cerrillos de Teno, Pascual Espinoza y Santiago Campos, sus cabezas se fijaron en postes cerca de la capilla de la hacienda de Guaico, a orillas del río Teno, de Curicó a la cordillera, y allí, dice Tomás Guevara, en su *Historia de Curicó*, «la ignorancia y barbarie de los campesinos las hizo objeto de veneración y respeto»⁶⁰. Destacadas «animas» de antiguos bandidos fueron las de «El Toro Frutilla» en Loncoche, el bandido que protegía a los colonos pobres de la Frontera, y la de Juan de Dios López, en Chillán Viejo, ajusticiado en el llamado Camino del Calvario, detrás del antiguo hospital del pueblo⁶¹.

Terminamos la exposición de este aspecto sobre bandido y religión popular refiriendo el uso del pueblo de un tema evangélico que se transforma en algo así como el fundamento bíblico de la bondad del ladrón, y de su exaltación popular, a saber, el tema del «Buen Ladrón». La poetisa popular Rosa Araneda nos ha dejado un testimonio del tratamiento popular de este tema, en sus décimas tituladas «Versos de la vida de Dimas el Buen Ladrón. Histórico». Allí encontramos las facetas clásicas de la comprensión del bandolerismo: su sentido vengador, su humildad y sencillez, su valentía heroica, etc. En particular, la poetisa destaca que Dimas contó con la protección y el amparo de Jesucristo, llegando incluso a perdonarse la vida al comprobarse su «serenidad». Los versos son una hermosa exaltación de quien se hizo bandido sólo «de pena y de sentimiento». Transcribimos a continuación la composición completa:

Dimas por cobrar venganza
Se transformó en un bandido,
Hasta que espiró en la cruz
Fue el hombre más temido.

Habiendo su padre muerto
Después de tanto llorar,
Para un desaire vengar
Arrancó hacia el desierto.

⁵⁹ Dantel, E., *art. cit.*, p. 243.

⁶⁰ Guevara, Tomás, *Historia de Curicó*, Santiago, 1890, p. 233.

⁶¹ Recabarren, Vicente, *Chillán Viejo, cuna de héroes y madriguera de bandidos*, Santiago, 1951, p. 59.

Fue un capitán mui despierto
I con nadie tuvo alianza,
Manejó mui bien la lanza
con heroísmo altanero;
Y se entró de bandolero,
Dimas por cobrar venganza.

Triste i descorazonado
Marchó al castillo aquel día,
I llegó a la compañía
Pronto i entró de soldado;
Por lo diestro y esforzado
De todos fue distinguido,
Apreciado i mui querido
Fue él por ser tan atento,
De pena i de sentimiento
Se transformó en un bandido.

Dijo, seré un criminal
En aquel momento infiero,
I le pidió a un armero
Fiado un cortante puñal.
Tomó en las sendas del mal
En sus brazos a Jesús,
El cual le dió clara luz

A tiempo de ir a besarlo
I prometió de ampararlo
Hasta que espiró en la cruz.

Con ira en su gran idea
Para cumplir su deseo,
En tiempos del Idumeo
Hizo temblar la Judea.
Por Sumarra i Galilea
Fue harto reconocido
Aquel caudillo aguerrido
Por su valentía tanta,
En toda la tierra santa
Fue el hombre más temido.

Al fin, al monte de Hebal
Llegó i se entró al castillo,
Tranquilo, humilde i sencillo
En el momento casual.
Sentado estaba formal,
Cuando catorce llegaron
Bandidos que allí le hallaron
Con mucha capacidad;
De ver su serenidad
La vida le perdonaron⁶².

El bandido, héroe popular

Queremos finalizar esta presentación con una faceta que reúne, en cierto sentido, las dos anteriores. Se trata de la comprensión del bandido como un héroe popular y campesino. Si el bandolerismo es, en cierta medida, un hecho justo y santo, es, en fin, un hecho heroico, que debe ser celebrado, porque exalta valores íntimos de los pobres.

En los momentos de la alegría popular, de la expansión en el goce y el disfrute de la vida, no puede faltar una referencia al bandido valeroso que trae algo del gozo popular, al brindar una buena nueva a los pobres, y la humillación de los grandes de la tierra.

Véase la siguiente referencia de Pancho Falcato en este antiguo aire, de contenido festivo:

Cuando buscaba Falcato
por antojo de una estrella
como hombre de buen olfato
me encontré con esta bella,
y otro trago por Falcato.

Aire, airee, airee,
no sé si me moriré

aire, airó, airó,
no sé si me muero yo.

Hoy que me veo en la buena
nada me asusta
que el tenerte y el ponche
sólo me gustan⁶³.

⁶² Colección LENZ de la *Lira Popular*.

⁶³ Pereira Salas, E., *op. cit.*, p. 154.

El bandido es un hombre que comparte los gozos y alegrías del pueblo. Esto hace que el pueblo lo sienta íntimamente como suyo, adherido a sus gustos y regocijos. Mas, al mismo tiempo, es un héroe trágico, que comparte el dolor del pueblo, la mala suerte que lo conduce a un destino fatal. Los siguientes versos referidos al famoso bandido de Chillán Viejo, Juan de Dios López, expresan ambas dimensiones intensas del pueblo, la alegría y el dolor:

Desde chico le gustaba
comer cazuelas sabrosas,
el vino, el canto y el baile
y las niñas buenas mozas.

Por las llanuras de Quilmo,
van huyendo los viajeros
y el bandido los persigue
con su choco bien certero.

El tren venía corriendo
corriendo a todo correr
los guardias se descuidaron
López se dejó caer,
por la ventana del carro
y nadie lo volvió a ver.

En los días del Dieciocho
apareció aquí en Chillán,
donde, por su mala suerte,
vino la muerte a encontrar.

En la casa de Aranís
estaba con sus amigos
comiéndose una cazuela
y echando tragos de vino.

Un amigo lo vendió
y lo acusó al Intendente,
el cual al punto dispone
vaya el Prefecto con gente⁶⁴.

La solidaridad con el bandido es otra de las dimensiones implicadas en esta comprensión popular. Se expresa un cálido respaldo a su acción, como se aprecia en los siguientes versos, donde se confunde la identidad y la solidaridad con el bandido:

En Chillán Viejo, señores,
habitan los salteadores.

La hija y la madre son
rateras y amparadoras⁶⁵.

Terminamos esta visión sobre la dimensión heroica del bandido reproduciendo las décimas del poeta popular José Hipólito Casas Cordero acerca de la «Vida y muerte de Ciriaco Contreras», el famoso bandido del sur, que salteaba a los ricos, y defendía a los pobres. En estas décimas se confunden los elementos sociales y religiosos de la comprensión del bandido, exaltando sus rasgos heroicos. Se destaca su valentía y su honor para robarle a los ricos, la dimensión de la justicia, su relación con Dios, todo dentro de un clima de enfática y cariñosa exaltación popular, que pasa desde nombrarlo respetuosamente como «don Ciriaco» hasta el íntimo y afectuoso «Ciriaquito». Llama la atención que el poeta celebra de paso la actuación de los bandidos Gaspar Matus y Pancho Falcato, el que es llamado también cariñosamente «Panchito». He aquí los versos:

⁶⁴ Recabarren, V., *op. cit.*, pp. 57-59.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 55.

Murió Ciriaco Contreras
El ladrón más afamado
En Chile no se ha encontrado
Otro igual en su carrera.

Mui necesario es narrar
La vida del buen pollino
Que sólo era su destino
De ocuparse en el robar
Se solía remontar
Internado a la frontera
Pasaba la cordillera
Buscando su porvenir
I ahora queda el decir
Murió Ciriaco Contreras.

Del sur era el gran terror
Ciriaco por su mal nombre
I no encontrarán otro hombre
Bandido de más valor
Le robaba con honor
Al rico más hacendado
Tenía el cuerpo blindado
Con acero como advierto
I ahora digo que ha muerto
El ladrón más afamado.

También Panchito Falcato
Fué compañero del sujo
Los dos robaban de lujo

I hacían el desacato
Subalterno fue Gaspar Matu
De este dicho mencionado
A los indios ha dejado
En una suma pobreza
Otro de más agudeza
En Chile no se ha encontrado.

También iba a la Arjentina
Con sus buenos arreadores
I ambos los tres salteadores
Ejecutaban la ruina,
Don Ciriaco era la mina
I la guía verdadera
Arreaba una hacienda entera
De aquel ganado más listo
Por eso es que no se ha visto
Otro igual en su carrera.

Al fin aquí terminó
Del buen sujo la historia
I tendrán en la memoria
Los recuerdos que dejó
Entre Talca i Curicó
Quedó abismada la jente
El llegaba de repente
A chico i grande amarrando
Aquí les estoy narrando
La vida de aquel valiente.

Los versos continúan con el siguiente contrarresto:

Murió Ciriaco Contreras
En el sur dicen los mauchos
Porque fue de aquellos gauchos
Ladrón de clase primera
Bajaba como una fiera
A los pueblos a saltar
El rico particular
Con él pasaba aflijido
La historia de este bandido
Mui necesaria es narrar.

El ladrón más afamado
De nombre como Pimpín
Ya le llegó su mal fin
Al nefando desgraciado
El Señor lo ha perdonado

I lo abraza con amor
Su agonía con dolor
La dio con divina fe
Pero en aquel tiempo fue
Del sur aquel gran terror.

Otro igual no se ha encontrado
de más valor i heroísmo
Que ha combatido al cinismo
Antes de ser deslizado
Ya su fin ha terminado

Como la historia relato
Ciriaquito pagó el pato
Con un tren en la estación
Fue mui hombre en la nación
También Panchito Falcato.

Otro igual en su carrera
En la faz no se ha encontrado
Porque a este lo ha amparado
Saturno de su alta esfera
El se tiraba la pera
Con cazuelas de gallinas
Buenos carneros de lina
Comía de lo mejor
A traer ganado mayor
También iba a la Argentina.

La vida de aquel valiente
Yo la publico en la prensa
Porque creo no es ofensa
Lo que hablo del eminente
Desde el Sur hasta el Oriente
Este toro recorrió
Niñas i viejas gozó
De aquel más lindo volaco
La vida de don Ciriaco
Al fin aquí terminó⁶⁶.

⁶⁶ Colección LENZ de la Lira Popular.